

La crisis latinoamericana y la investigación sociológica

JORGE GRACIARENA

I

Los diagnósticos recientes sobre el estado actual del proceso de desarrollo de América Latina, aunque con matices diversos, tienden a converger hacia una imagen predominantemente negativa y crítica, que destaca para los intelectuales y técnicos que se ocupan de ellos, una serie de aspectos problemáticos que constituyen además graves problemas vivenciales para las vastas mayorías de la población regional. Según nuestra modesta opinión, compartida por muchos, hay una crisis tanto del presente como del futuro latinoamericano. Crisis que no es meramente de coyuntura, sino estructural, y cuyos rasgos principales son los siguientes: *a)* Un tremendo crecimiento de la población en economías que no se expanden al ritmo necesario, ni de la manera adecuada, tanto para asegurar empleos apropiados como para elevar los niveles de vida de las vastas poblaciones marginales; *b)* Una urbanización vertiginosa sin industrialización suficiente, lo que produce una hipertrofia del sector terciario de baja productividad pues la falta de un crecimiento económico lo convierte en una salida patológica para las presiones ocupacionales crecientes; *c)* Una enorme desigualdad en la distribución del ingreso, que en las condiciones actuales del desarrollo latinoamericano tiende a volverse aún más regresiva, concentrando los incrementos de ingreso en las capas altas de una clase media que se oligarquiza al mismo tiempo que se mantiene sumergida o empeora la situación de los grupos de menores ingresos; *d)* Un crecimiento notable de las aspiraciones de consumo, educacionales, y de participación social y política que no encuentran posibilidades de satisfacción en una estructura social que conserva muchas de sus rígidas características tradicionales; *e)* Unos medios de masa que son una fuente creciente de alienación y al mismo tiempo

de frustración; f) *Last but not least*, el incremento de la dependencia neocolonialista de los Estados Unidos que gravita negativamente tanto sobre las posibilidades de un desarrollo cultural autónomo como sobre mecanismos económicos y sociales de impulsión del desarrollo regional.¹

II

En este ensayo, la proposición central es que la crisis latinoamericana así configurada es una fuente continua de nuevos problemas, unos estimulantes, otros conflictuales, que gravitan sobre la práctica sociológica, esto es: sobre la docencia, la investigación, las actividades de planeamiento y otras análogas cumplidas por sociólogos. Lo que se hará aquí es examinar los aspectos de la práctica sociológica, especialmente de la investigación, donde con mayor intensidad se manifiesta la gravitación de la crisis del desarrollo regional.

Peculiaridad de la sociología es que —por lo menos tanto como cualquier otra ciencia social— refleja de una manera rápida y profunda los vaivenes de las crisis sociales, apropiándose de ellas y convirtiéndolas así en su propia crisis. Los efectos de las crisis han sido muchas veces estimulantes, tanto que la propia sociología ha sido identificada con ellas: es bien sabido que algunos clásicos han denominado a la sociología como “ciencia de la crisis”. Lo que obviamente, no es lo mismo aunque sirva para ilustrar la importancia que se ha dado a esta relación. No siempre las crisis han sido estimulantes para la sociología, al contrario, algunas han desencadenado conflictos difíciles de resolver que han ejercido influencias enervantes, cuando no disociadoras. Pero estas influencias negativas han sido temporalmente limitadas y la lucha por su superación ha permitido a la sociología alcanzar más altos niveles de esclarecimiento.

Una vez que se ha planteado así el problema general surge de inmediato una serie de cuestiones que es necesario elucidar: ¿Cómo describir las características y condiciones de esta crisis de América Latina en modo tal que se vea su incidencia sobre los sociólogos y la práctica sociológica? ¿De qué manera incide la crisis, sobre qué áreas, cuáles son sus efectos principales? Si se acepta la hipótesis de la crisis, ¿qué hacer, cuáles son las “salidas” o las meras adaptaciones con que la sociología reacciona ante ella? Dar respuesta a todas estas cuestiones implica un proyecto bastante más ambicioso que el que me anima a escribir este trabajo. Mi propósito

es mucho más modesto: es apenas el de plantearlas y ofrecer algunas reflexiones que son, principalmente, resultado de la experiencia personal. Acaso sea posible que muchos de estos problemas, por su naturaleza, no tengan otra solución que el desarrollo de la situación histórica y, también, que ésta dependa de la evolución de circunstancias y fuerzas, que están lejos del control de los sociólogos y de la sociología misma. En efecto, la sociología no puede lograr otra cosa que un adecuado planteo y examen de la crisis en tanto problema intelectual, y también como orientación para la acción. Algunos otros problemas derivados de la crisis, aquellos que corresponden más bien a la esfera interna, son, en cambio, más controlables y su solución depende en gran parte de una orientación adecuada y de una actitud conveniente; es aquí precisamente donde puede ser más fructífera la discusión entre los interesados.

III

En las características generales de la crisis latinoamericana —y en lo que concierne a nuestro problema— se pueden encontrar cuatro planos analíticamente diferenciables. El primero es el de la *crisis objetiva*. Ya se indicó cómo América Latina afronta serios problemas de estancamiento, desigualdad, miseria y dependencia que tienden a empeorar. Éstos son los problemas *reales* del subdesarrollo latinoamericano. Un segundo plano es el de la *información*. Estos problemas no sólo son serios y tienden a agravarse, sino que la información que existe sobre ellos se amplía y difunde más, no sólo en los estrechos círculos de los entendidos sino también en los más amplios del público general. El debate público de los problemas del subdesarrollo constituye una novedad que se expande rápidamente a partir del término de la Segunda Guerra Mundial y penetra profundamente los ambientes académicos y los medios de masa. Un tercer plano es el de la *conciencia creciente de la incapacidad de la vía capitalista clásica para resolver la crisis*. Esta actitud está muy difundida en las nuevas generaciones y ha penetrado profundamente en la sociología. La idea de que el desarrollo latinoamericano ha llegado a un punto de estancamiento estructural, que se expresa tanto en la conciencia del estancamiento real del desarrollo como en el retraso acumulativo respecto de los países desarrollados, se manifiesta, de dos maneras: la primera, como *conciencia crítica* que lleva al cuestionamiento sistemático de la vía económica y política dominante; la segunda, como *una reflexión*

sobre las posibilidades de acción que ofrecen los distintos tipos de práctica científica. Y esto nos lleva al último plano de la crisis, que deriva del anterior. En la búsqueda de nuevos expedientes político-institucionales para superar la crisis no son pocos los que postulan la instrumentalización de la sociología como un agente para aumentar la conciencia crítica y para orientar la transformación de la realidad social. Esto produce en la sociología un desplazamiento del énfasis cognoscitivo al accional, que en este nuevo contexto tiende a ser percibido como una técnica de transformación social. En otras palabras, los aspectos tecnológicos e ideológicos de la sociología son destacados de una manera descollante frente a sus aspectos científicos.

Estos planos y contenidos diferentes de la crisis latinoamericana penetran en la sociología a través de vías diversas. En primer lugar penetran a través de los sociólogos, de su vida personal y de su carrera profesional. Este nivel de penetración condiciona muchos aspectos de la práctica sociológica; su influencia parece unas veces invisible, otras se la encuentra manifiesta tanto en las decisiones prácticas como en los grandes problemas generales. Una segunda vía es la de las ideologías sociales y políticas que, en la medida en que reflejan el estado de la realidad social, son grandes factores condicionantes y también fuentes de conflicto en la práctica sociológica. ¿Qué investigaciones hacer, para qué fines, con qué medios? Son problemas cuya respuesta incluye, en alto grado, componentes ideológicos. La ideología puede presentarse también, a un nivel más personal como responsabilidad moral frente a las consecuencias sociales de la tecnología sociológica. Finalmente, una última vía de penetración de la crisis se encuentra en la institucionalización de la sociología. Las crisis de las instituciones de la sociología (centros de enseñanza, investigación o difusión de la sociología) no son siempre problemas "internos"; muchos de ellos reflejan, a un nivel más particular, las situaciones de conflicto de instituciones más amplias o de grandes sectores de la sociedad global. La discontinuidad crónica de las instituciones de la sociología sólo será insuficientemente explicada si se acude exclusivamente a sus conflictos internos. Hay bastantes evidencias de que la recurrencia de estos conflictos es parte del proceso más general de recepción y legitimación de la práctica sociológica.

Pero todavía caben unas preguntas: ¿cómo se sabe que existe un estado conflictual real en la sociología latinoamericana? ¿Qué es lo que hace suponer que, a través de esas vías de penetración, la crisis latinoamericana actúe efectivamente como desencadenante

de conflictos en la sociología y entre los sociólogos? Parece justificado entonces que exponga los criterios que he tenido en cuenta para adoptar la hipótesis de la crisis. Sin embargo, es necesario que señale previamente que éste es un concepto relativo. Es posible que las evidencias que señalaré en seguida, que en mi opinión configuran claramente un estado de crisis, no sean interpretadas de la misma manera por otras personas. Admitido esto, también cabe señalar que no parece sea necesario algo así como un estado "hobbesiano" de guerra de todos contra todos para que exista crisis. Evidentemente, el conflicto no es guerra, ni tampoco caos, y no siempre es crisis. Los conflictos se trasmutan en crisis cuando su naturaleza es tal que no pueden ser evitados ni resueltos por las vías institucionales normales de que dispone un orden social. Cuando éste es desbordado por presiones contradictorias que no puede armonizar, los conflictos adquieren características de continuidad o recurrencia que configuran lo que aquí denominamos crisis.

Para despejar dudas, y como punto de partida, conviene afirmar que la diversidad ideológica actual de la sociología latinoamericana no es condición necesaria ni suficiente para la configuración de la situación de crisis. Al contrario, en otra situación esta diversidad reflejaría las variaciones normales de un campo de conocimiento tan complejo como la sociología. Esta situación no conflictual se revela por la existencia de un consenso intelectual que engloba las diversidades ideológicas, por un cierto grado de tolerancia, de aceptación recíproca de los estilos de trabajo, de coparticipación de perspectivas. La consecuencia más importante de esto es la existencia de un grado bastante alto de cooperación y de intercambio.

La existencia de un estado conflictual permanente en la sociología latinoamericana puede definirse de una manera inversa como:

- 1) Falta de consenso general acerca de las funciones y objetivos de la sociología.
- 2) Cuestionamiento de los estilos de trabajo.
- 3) Baja cooperación y limitado intercambio entre los sociólogos.
- 4) Valores ideológicos de referencia muy diferentes y en conflicto.
- 5) Limitada identificación institucional, y
- 6) Inestable institucionalización de la sociología.

Por lo tanto, y de una manera más general, se puede sugerir la existencia de una crisis en la sociología latinoamericana cuando las discrepancias ideológicas se convierten en personales recíprocos y la cooperación personal e institucional desciende de un cierto umbral, o deja de existir.

Podría pensarse que todos estos aspectos no tienen que ser, necesariamente, provocados por la crisis general de la región.

Galtung ha señalado que la sociología latinoamericana ha incorporado el “modelo conflictivo” que caracteriza a las relaciones sociales de la región como una pauta que configura su dinámica interna.² Para este autor el estado conflictual de la sociología y de los sociólogos sería una consecuencia refleja de un patrón cultural general y permanente. Para nosotros, en cambio, es un estado transitorio que deriva de las particulares condiciones críticas del subdesarrollo latinoamericano. Si éstas persisten, la crisis de la sociología también persistirá. Desde nuestro punto de vista, esta conflictualidad actual puede ser considerada, en algún sentido, como un estado saludable de la sociología, que de esta manera, al menos, pondría de relieve su sensibilidad respecto de la grave encrucijada actual de América Latina.

La discusión que sigue es una modesta tentativa de plantear y aportar algún esclarecimiento a varios problemas: las carreras profesionales de los sociólogos, las funciones y metas de la sociología, los estilos de investigación, la institucionalización de la práctica sociológica y la cooperación externa. En la discusión de todos ellos se ha puesto un énfasis especial en sus relaciones con la investigación sociológica.

IV

Los conflictos generales de la sociedad se convierten en conflictos sociológicos fluyendo a través de los sociólogos, que les agregan sus matices particulares. Si se juzga por los conflictos existentes en su personal, la sociología debe ser, quizá, la ciencia social que pasa por una situación más crítica. Los conflictos intelectuales, institucionales y personales de la sociología son de una frecuencia y envergadura que está muy por encima de los niveles habituales en las otras ciencias sociales, lo que con frecuencia da ocasión a toda clase de comentarios despectivos sobre la conflictualidad de los sociólogos. Sin embargo, nada hace suponer que la sociología interese de una manera exclusiva a una raza especial de gente que tenga por hábito el pelearse asiduamente. Generalmente se tiende a ver este problema como si estuviera exclusivamente focalizado en los sociólogos y como si sus condiciones personales, independientemente de otras circunstancias, fueran las que provocaran las sucesivas crisis que aquejan endémicamente a la sociología. Considero que éste es un enfoque errado. Los conflictos existentes, si bien se traducen con mucha mayor frecuencia en conflictos entre

sociólogos, en gran parte lo son también de la sociología. En efecto, ésta experimenta presiones externas de tal magnitud y naturaleza que hacen que el mundo de los sociólogos se convierta a menudo en una Torre de Babel donde los problemas se vuelven ininteligibles e incommunicables. Por eso mismo, aunque las diferencias de edad, formación y orientación son considerables, no parece justificado tratar de reducir la naturaleza de estos conflictos a una mera pugna generacional en las carreras personales de los sociólogos que se enfrentan disputando las posiciones ocupacionales existentes. Una buena parte de los conflictos no puede ser “personalizada” ya que no se trata de conflictos del personal de la sociología sino de otros conflictos muy distintos que ésta experimenta como cuerpo de conocimientos frente a una realidad que desborda sus categorías, y que exige revisiones conceptuales y metodológicas importantes.

Las diversas crisis parciales de la sociedad latinoamericana ejercen influencias, a veces opuestas, sobre los sociólogos regionales. Parece conveniente, pues, comenzar por una clasificación previa de los sociólogos latinoamericanos para poder examinar más de cerca las características y tendencias de la crisis tal como se manifiesta a través de ellos, y la forma como incide en los problemas actuales de la sociología latinoamericana. Habría varias posibilidades para hacer esta clasificación. Acaso lo más conveniente sea adoptar un punto de vista generacional, matizado sin embargo, por las orientaciones principales que se siguen respecto de las relaciones entre la crisis general y el *rol* de la sociología respecto de ella.

Con esta base, cabe mencionar primero la *generación tradicional* que representa todavía el estilo predominante en la sociología latinoamericana del periodo de entreguerras. Éste es un grupo cuya importancia disminuye rápidamente. Sus miembros ocupan cargos docentes superiores en carreras no sociológicas.

Sigue a ésta la *generación intermedia*, los “modernos”, que como grupo se constituyen de una manera relativamente estable durante la controversia sociológica centrada en la oposición entre sociología “tradicional” y “moderna”. Desaparecidas las circunstancias que facilitaron su cohesión inicial, en los últimos años, este grupo ha tendido a dividirse en dos subgrupos: los “científicos” por un lado y los “comprometidos” por el otro.³ El foco de la controversia se ha desplazado ahora hacia el problema de la “neutralidad valorativa” que los primeros consideran como un requisito imprescindible para el logro de una labor científica objetiva.

En cambio, los comprometidos cuestionan, algunos la posibilidad de la neutralidad, otros la utilidad heurística de la actitud que consideran un enmascaramiento ideológico; en ambos casos, se juzga que la preocupación excesiva por la objetividad puede impedir una adecuada vinculación entre la investigación sociológica y la realidad social. Por eso algunos hablan del “compromiso” como de una manera de cumplir con la responsabilidad social que los sociólogos tienen en tanto colectividad capaz de actuar con eficacia en la orientación e implementación de los procesos de cambio social. La divergencia entre estos dos subgrupos ha tendido a crecer en los últimos años pero está lejos de ser todavía un conflicto. Acaso la novedad más importante sea una progresiva desvinculación de los “científicos” de las nuevas camadas de sociólogos sobre todo latinoamericanos, los cuales están más politizados.

La *nueva generación*, constituida por los egresados más jóvenes, está también formada por dos subgrupos. El primero es el de los egresados de las escuelas latinoamericanas de sociología y el segundo es el de los graduados en universidades norteamericanas con diplomas de segundo o tercer nivel universitario (master o Ph.D.). Los egresados más recientes de la FLACSO tenderían a pertenecer a este último grupo mientras que los graduados en universidades europeas (un grupo muy pequeño) constituirían un sector aparte, con algunas características de los graduados en los Estados Unidos, pero con una baja sofisticación metodológica y estadística.⁴

Las diferencias principales de los dos grupos mayores de la generación joven de sociólogos se concentran en varios puntos: a) En los niveles de formación general; b) En la sofisticación metodológica y estadística; c) En el grado en que se orientan por ideologías explícitas, y d) En sus posibilidades de profesionalización. Acaso haya que agregar a esto un punto adicional relativo al grado de influencia de los varios subgrupos en la formación de nuevas camadas de sociólogos. Todos estos aspectos configuran una situación global bastante compleja que no podremos discutir en detalle.

Esta variada fauna de egresados y graduados latinoamericanos presenta diferencias muy grandes en su formación y orientación y también en sus posibilidades profesionales. Los egresados latinoamericanos, que en un flujo creciente están siendo producidos por las escuelas latinoamericanas de sociología, están en general mal formados, tanto en teoría como en metodología, y tienen poca

experiencia y capacidad autónoma para realizar investigaciones y resolver otros problemas profesionales; pero tienen a su favor un mucho más alto compromiso ideológico con los problemas del subdesarrollo latinoamericano. En otras palabras, están más sensibilizados ideológicamente. Éste es, seguramente, su activo más positivo. Su profesionalización se está volviendo cada vez más difícil tanto porque las ocupaciones disponibles para ellos se encuentran en áreas marginales, pues son poco atractivas y de bajo prestigio, como por los bajos sueldos que perciben. Todo esto, claro está, se relaciona conflictualmente con la fácil situación profesional del otro grupo.

Los graduados en universidades de los Estados Unidos están lejos de ser un grupo homogéneo aunque, en general, presentan características muy contrastadas con el otro grupo. La mayoría de ellos egresaron de las escuelas latinoamericanas donde se contaron entre sus mejores alumnos. Están mucho mejor formados y son aptos para la realización de tareas que requieren un mayor grado de autonomía. De entre ellos sólo pocos siguen una línea de compromiso ideológico: sienten una vaga responsabilidad social que no los compromete con nada definido. Durante su periodo latinoamericano de estudios algunos estuvieron ideológicamente involucrados pero ese interés se ha diluido ahora y están disponibles para tomar compromisos diversos. Esta disponibilidad ideológica, y su formación metodológica, los hace proclives a convertirse en un grupo tecnócrata. La mayoría se escuda en su reciente y elevada formación metodológica y estadística que usan como un monopolio de conocimiento para establecer diferencias a su favor, no sólo con los egresados latinoamericanos que no son contrincantes serios, sino también con los sociólogos de la generación intermedia que ahora ocupan las posiciones institucionales de mayor prestigio. Su profesionalización es fácil pues se apoya sobre una demanda en expansión que los coloca rápidamente en posiciones de alto prestigio y buena remuneración. Generalmente ocupan cargos docentes en las universidades y muchos de ellos se dedican a enseñar metodología y estadística. Por eso su influencia en la orientación de los estilos de investigación está obteniendo una importancia más que proporcional al tamaño del grupo. Forman un conjunto muy móvil que cambia con frecuencia de ocupación y "circula" internacionalmente. No pocos emigran y otros son emigrantes potenciales: en general constituyen el mayor potencial de emigración existente.

Finalmente, quedan *los estudiantes* de las escuelas latinoamericanas de sociología que, en conjunto, poseen características homogéneas no obstante sus diferencias nacionales e ideológicas. (Es cierto que los estudiantes son apenas “candidatos” a sociólogos pero, como su participación en los conflictos que se discuten luego suele ser muy importante, su inclusión puede ser de gran utilidad.) Parece indudable que la sociología es una carrera que motiva y atrae a quienes tienen un alto grado de interés social. Y en América Latina los estudiantes de sociología se encuentran siempre entre los más politizados, porque se sienten comprometidos con los problemas sociales más acuciantes. Para ellos la práctica sociológica es, principalmente, un agente de cambio social. Muchos comparten sus estudios con una participación militante en la política estudiantil o nacional y proyectan estos intereses sobre su actividad sociológica. Unos pocos, generalmente los mejores, lograrán hacer estudios superiores en el extranjero mientras que la gran mayoría permanecerá en sus países y tendrá que profesionalizarse en las ocupaciones que encuentre, y que no serán adecuadas ni satisfactorias en muchos casos. En efecto, su mercado de trabajo se está reduciendo a cargos menores y auxiliares en las universidades y a posiciones burocráticas extrauniversitarias en organismos de planeamiento: aun así la demanda está quedando atrás respecto de la oferta, lo que obligará a muchos a aceptar, contra su voluntad, ocupaciones en empresas de propaganda, encuestas de consumo o aun de meros oficinistas.

v

Una buena parte de los conflictos en el personal de la sociología proviene de la situación general de las clases medias y de sus posibilidades de profesionalización. Mientras la sociología fue una actividad de *amateurs* a la que se dedicaban *part time* unos pocos docentes, que a veces escribían tratados de sociología para los cursos que enseñaban en las universidades en tanto que sus principales fuentes de ingresos eran independientes de su actividad académica; su función fue principalmente decorativa: la sociología era para ellos una actividad vocacional y de prestigio. En la última década la situación cambió rápidamente no sólo para la sociología sino también para todas las disciplinas y actividades universitarias. La gran expansión de las actividades académicas de la sociología: creación de nuevas carreras, formación y ampliación de los centros de investigación, unidos a otros cambios, la convirtieron rápi-

damente en una fuente de profesionalización autónoma, a veces bastante atractiva para sectores ascendentes de las clases medias. De manera que la profesionalización *full time* ligó mucho más de cerca la sociología como carrera y la vida personal de los sociólogos. Y así fue como nueva gente comenzó a interesarse por ella. En efecto, aunque sobre esto se sabe muy poco, es posible que esta profesionalización de la investigación haya estado atrayendo a personas con un origen social distinto al de los antiguos *amateurs*. También es posible que en esto hayan tenido influencia las dificultades crecientes en el acceso a las profesiones universitarias tradicionales, que al mismo tiempo, tendían a estratificarse y burocratizarse. En estas condiciones, nuevos grupos ascendentes encontraron en la práctica de la investigación una fuente de prestigio y de ingresos nada desdeñable para sus carreras personales.

Este es un problema para la “sociología de la sociología” que aquí no interesa especialmente, salvo en lo que respecta a la importancia que estos cambios de origen social y de expectativa de vida de los sociólogos pueden haber tenido para los conflictos en la sociología. En primer lugar parece que las ideas acerca de las funciones de la sociología como cuerpo de conocimiento y guía para la acción deberían diferir abruptamente si se considera, por un lado, a los *amateurs* y, por el otro, a los *full time*. Durante bastante tiempo la disputa entre estos dos grupos, teñida a veces de ideología, giró en torno a la importancia atribuida a la investigación empírica como actividad cotidiana del sociólogo, que los *amateurs* trataban de disminuir. Pese a su resistencia, el prestigio de la investigación empírica creció de una manera continua hasta ser considerada una actividad ineludible, sobre todo en el ámbito universitario. Cualquiera que fuera su nivel o vocación todo el mundo estaba forzado a investigar. No fue necesario mucho tiempo para que se pasara de un extremo al otro como consecuencia principalmente, de una especie de “americanización” del prestigio académico, en el que sólo la investigación pasó a contar en los *curricula* personales.

Estos nuevos grupos, que hacían de sus carreras universitarias una fuente de profesionalización autónoma y exclusiva, tuvieron una influencia central sobre este cambio en el contenido del prestigio académico. De esta manera tendieron a sobrevalorar lo que ellos hacían, y que era lo que los otros no podían realizar tanto por su formación como por su condición de dedicación parcial. La dedicación intensiva a la investigación científica se convirtió en un símbolo distintivo que los diferenciaba y jerarquizaba frente a los *amateurs*.

Este proceso, cuyas causas son por supuesto mucho más complejas, ha ido consolidándose sin lograrlo del todo, y ha sido la fuente de muchos cambios y de no menos conflictos. La investigación empírica ha aumentado considerablemente en número y también, aunque con reservas, en calidad. Por una parte, no es difícil reconocer que las investigaciones “buenas” son ahora mejores y más numerosas que antes; por la otra, la investigación empírica ha tendido a la rutina y con ello ha provocado que el número de investigaciones “malas” sea también ahora mucho mayor que antes (aunque probablemente sean “menos malas”).

Éstos son problemas de crecimiento que se resuelven con el tiempo una vez que se consolidan criterios científicos generalmente aceptados para evaluar las investigaciones. No habría que pensar, sin embargo, que esta solución se logra con facilidad y de una manera mecánica con el solo crecimiento de la actividad científica. Por lo menos temporalmente, existe siempre el peligro de que la institucionalización de la investigación en organizaciones cada vez de mayores dimensiones conduzca a una burocratización esterilizante que ya se advierte en algunos de los más antiguos centros de investigación de la región, con evidentes efectos enervantes sobre la abundancia y calidad de su producción científica.

Parece cierto que este peligro viene principalmente del lado de la profesionalización de la investigación, y de la búsqueda de continuidad y seguridad de este nuevo personal *full time* de la sociología. Ésta es una característica de todo personal burocratizado, que se puede corregir mediante buenos controles de selección de los candidatos a puestos de investigación, y una adecuada evaluación y estimulación posterior. Pero el requisito de un sistema de selección como éste es la existencia de un “ejército de reserva” de aspirantes que, al mismo tiempo que una garantía de la calidad de la selección, será también una fuente de cuestionamiento permanente de la orientación y calidad de la sociología que se produce en los centros de investigación, donde están los que fueron escogidos. En estas condiciones, la práctica sociológica tenderá a estratificarse diferenciando áreas que suscitan diferentes grados de actuación.

Éste es un factor de conflicto que posiblemente esté agudizándose en las condiciones actuales de la sociología latinoamericana, especialmente para los egresados de las escuelas latinoamericanas de primer nivel, cuyo ingreso al mercado de trabajo de la sociología —como ya se indicó— se hace con creciente dificultad y en condiciones ocupacionales, y para áreas de actividad, que los propios interesados reputan como insatisfactorias. La percepción de esta

difícil salida ocupacional tiende a volverse crítica cuando se confronta con la rápida y ascendente carrera profesional de los que obtienen diplomas de posgraduado en universidades extranjeras. La crisis latinoamericana no produce este conflicto, indudablemente, pero lo agudiza en la medida que los rangos ocupacionales están excesivamente estratificados, lo que hace que sus distancias en términos de remuneraciones y de prestigio sean inaceptables para los egresados latinoamericanos. Esta distancia excesiva deriva de dos procesos inversos: uno es el bajo nivel ocupacional a que acceden estos últimos, agravado últimamente por el aumento ocupacionalmente injustificado de su número y por el descenso de su calidad promedio; el otro es el de la facilitación, a veces excesiva, de los que retornan del extranjero y que, al ser incorporados a la actividad académica, saltan posiciones y pasan rápidamente a los más altos niveles.

Es posible que adicionalmente haya un problema derivado de la falta de decantación de las aspiraciones legítimas. La profesionalización en la sociología ha tenido muchas de las características de la "frontera": no son pocos los que en el pasado reciente hicieron carreras vertiginosas hacia la cima. Sin embargo, para la mayoría, la profesionalización es *ahora* un espacio irracional que no permite una confiable seguridad ni da base para una razonable estructuración de las expectativas.

Estas nuevas condiciones de la profesionalización de los sociólogos latinoamericanos están produciendo algunas deformaciones en la práctica sociológica cuyas consecuencias pueden llegar a largo plazo a ser funestas. En primer lugar, ya se ha señalado cómo las orientaciones predominantes en la formación del sociólogo y los criterios de prestigio actualmente vigentes ponen un énfasis excesivo en la importancia de la investigación científica frente a otras actividades más aplicadas pero no menos complejas de la sociología, que son tan necesarias y requieren niveles de formación y condiciones personales tan calificadas como las necesarias para ser investigador. Me refiero aquí principalmente a las diferentes participaciones de sociólogos en equipos de planeamiento y programación, funciones ejecutivas, etcétera. Este énfasis en la investigación produce una compulsión incontrolable para publicar cualquier cosa con tal de que pueda ser recubierta con ropaje científico. En la región hay ya demasiadas publicaciones que son resultado de investigaciones intelectualmente inmaduras o no concluidas.

Una segunda consecuencia es la ya comentada tendencia a la sofisticación metodológica que se advierte especialmente en las

nuevas generaciones de sociólogos. Estar al día y utilizar la metodología más compleja se ha vuelto una especie de consigna que muchos han seguido meticulosamente. Me parece que sería fácil identificar varias *fashions* metodológicas cuyos orígenes son, evidentemente, exógenos.⁵ Esta tendencia a la sofisticación ha estado produciendo últimamente un progresivo encarecimiento de las investigaciones, pues el tipo de investigación predominante es la *survey* que incluye complejos procesos de recolección de datos y de análisis que exigen el uso de computadoras. La investigación artesanal está siendo progresivamente desplazada por otros tipos de investigación que requieren un complejo equipo mecánico y organizativo.⁶ En rigor, hay investigaciones complejas que son muy costosas sin que sea posible reducir su presupuesto por debajo de cierto límite. Por supuesto no me estoy refiriendo a ellas sino a la tendencia que deriva de ciertos criterios metodológicos en boga que prefieren las alternativas de investigación generalmente más onerosas. Exagerando, evidentemente, se podría decir que, de acuerdo con esos criterios, las investigaciones caras son mejores que las baratas. Es cierto que hay una relación entre los recursos y la calidad de la investigación pero se sabe bien que hay investigaciones muy importantes que se han hecho con muy pocos recursos. Por ejemplo, esta tendencia ha descalificado a las investigaciones que utilizan fuentes secundarias pues se ha señalado que ofrecen sólo posibilidades descriptivas y no explicativas. Esta actitud ha llevado al desaprovechamiento de las importantes reservas de información disponibles y a la búsqueda constante de nuevos datos que, luego de ser sólo parcialmente utilizados, quedan, como tantos otros, definitivamente abandonados.

VI

El proceso de la institucionalización de la sociología también está siendo afectado, y de muchas maneras, por la crisis de la sociedad latinoamericana. En efecto, la crisis afecta a la posibilidad de nuevas institucionalizaciones tanto como a la estabilidad de las ya existentes, conflictualiza las relaciones entre los sociólogos e influye sobre sus orientaciones de investigación. En la medida que se acentúan las presiones para el logro de contribuciones concretas de la sociología ésta tiende a institucionalizarse, no ya exclusivamente en centros de conocimiento, como universidades u otras unidades académicas, sino en relación de dependencia con los centros de

decisión política y de administración del desarrollo económico, educacional, habitacional, etcétera. La notable expansión de la demanda de sociólogos en los últimos años se ha derivado no sólo del gran crecimiento del personal docente necesario para la formación universitaria de sociólogos sino también del no menos importante de los servicios requeridos a éstos por las entidades públicas, semipúblicas y privadas de planeamiento del desarrollo.

Muchas de estas nuevas ocupaciones no académicas han sido provistas con sociólogos mal preparados para afrontar las contingencias de unas tareas que no se acomodaban bien a su formación. Muchos de ellos fueron formados para realizar investigación científica y se encontraron de pronto frente a problemas que exigían nuevas teorías más concretas y metodologías más adecuadas para diagnosticar cursos de acción, intentar predicciones y evaluar resultados. Su formación científica les sirvió de poco en estas nuevas emergencias y tuvieron que esforzarse para adaptar o reemplazar sus teorías y para reformular sus métodos. Los problemas eran tan urgentes y de tal envergadura que requerían métodos con resultados más inmediatos y al mismo tiempo, más comprensivos. Ya no era posible esperar muchos meses o años para obtener los resultados de una encuesta, los planeadores —de los que dependía el sociólogo— le pedían respuestas en plazos mucho más breves aunque sólo fueran aproximativas. Este sociólogo tuvo que acostumbrarse a trabajar con materiales muy diversos —a veces muy brutos— y a utilizar todas las fuentes accesibles de información. Las prevenciones contra las predicciones tuvieron que ser rápidamente abandonadas y éstas tuvieron que ser hechas de cualquier manera aun violentando muchos purismos metodológicos.

También la profesionalización del sociólogo fue afectada de manera semejante. La universidad, donde el sociólogo era requerido principalmente para tareas de docencia y, secundariamente, de investigación, dejó de ser la única fuente de profesionalización. La incorporación de los sociólogos a las burocracias planeadoras marcó nuevas necesidades, desde el punto de vista de su formación general y, más aún, de su entrenamiento práctico, que revirtieron sobre los centros de formación de sociólogos donde, con muchas resistencias —que aún no han cesado—, impusieron, en algunos casos, modificaciones importantes en el contenido de los *curricula*.

Las consecuencias de estas nuevas salidas profesionales han sido diversas, tanto que es difícil —y sería arbitrario— hacer ahora una evaluación de conjunto porque el proceso está lejos de haberse desarrollado completamente. Sin embargo, un rápido comentario puede

ser pertinente. Por un parte, ellas crearon nuevas necesidades que gravitaron sobre el excesivo formalismo, en boga en los sectores más modernos, e impulsaron tanto a la teoría como a la metodología sociológica hacia metas más concretas y realistas; pero por la otra, esta marcha hacia lo concreto desembocó, a veces, en un descriptivismo sin teoría, por lo menos explícita, que tendió a empobrecer el conocimiento sociológico y a desvalorizar a la sociología. Es posible que este último problema se haya derivado más de sociólogos burocratizados, proclives a las soluciones fáciles y a evitar las interpretaciones de mayor riesgo, que de las propias exigencias de la tarea que tenían por delante. Al contrario, la necesidad de tratar con procesos cada vez más complejos que desbordaban los marcos tradicionales del análisis sociológico y que al mismo tiempo se avenían muy mal con las posibilidades del formalismo sociológico, debo estimular la búsqueda de soluciones menos convencionales y más originales. En estas circunstancias el cuestionamiento de la sociología académica se hizo más agudo alcanzando límites y problemas que en el periodo anterior estuvieron fuera de la controversia. Dos puntos podrán ilustrar el sesgo que tomaron estos nuevos cuestionamientos.

El primer problema es el de la “neutralidad valorativa”⁷ en torno al cual hubo un consenso creciente a partir de la última posguerra. Toda la nueva generación de sociólogos que inició su carrera en esos años aceptó el paradigma de la neutralidad valorativa como un medio de afirmación contra los “ensayistas tradicionales” que eran sus contendientes ocasionales. Objetivismo, empirismo estadístico, asepsia ideológica, énfasis metodológico, fueron los valores que se afirmaron en esta contienda y que contribuyeron a definir el perfil que tendría la sociología en los años siguientes. La necesidad de responder a estos valores condicionó muchos aspectos de la sociología latinoamericana, desde la formación universitaria de sociólogos hasta los temas de investigación y los estilos metodológicos predominantes. La tarea central de la sociología era la investigación científica, lo más neutra y objetiva posible. En efecto, la sociología se volvió así sociología “científica” y su meta primordial fue la obtención de un conocimiento empíricamente fundado. Las posibilidades de aplicación de ese conocimiento fueron vistas de un modo no favorable; en todo caso fueron aceptadas como consecuencias accidentales, es decir, como un resultado ni querido ni buscado de la investigación sociológica. La sociología era, en esta concepción, un asunto principalmente académico. Estas tendencias llevaron inexorablemente a dos consecuencias

que tendieron a reforzar el auge de la sociología académica. Por una parte los temas de investigación y las hipótesis generales tendieron a formalizarse de una manera creciente, y los estilos metodológicos se aplicaron a reproducir idealmente los requisitos y condiciones de los experimentos de laboratorio; por la otra los sociólogos trataron de asegurar a la sociología un *status* más firme y para ello consideraron que la mejor manera de lograrlo era delimitando un campo específico de conocimiento que le fuera privativo. A partir de ahí se llevaron a cabo una serie de tentativas que buscaban la configuración de esas áreas de interés exclusivo, en muchos casos en abiertas controversias de límites con otras ciencias sociales, que tuvieron derivaciones importantes en la formación de los nuevos sociólogos y en los trabajos de investigación que se realizaron. De esta manera se concibió a la sociología como una ciencia aislada con escasas y sólo laterales relaciones con las otras ciencias sociales. La incidencia de esta perspectiva sobre las posibilidades de desarrollo de la investigación interdisciplinaria fue funesta pues bloqueó la comunicación con otros especialistas e impidió un fructífero trabajo cooperativo con ellos.

El otro problema que —como ya fue parcialmente señalado— también se volvió controversial fue el de la formación de sociólogos. La coincidencia inicial acerca del énfasis cientificista comenzó a ser socavada cuando se advirtió que los sociólogos que se estaban formando no respondían bien, ni a las exigencias profesionales extrauniversitarias ni tampoco a las necesidades de conocimiento de procesos sociales complejos y dinámicos como los que había que encarar cuando se abordaban al nivel de formulación de políticas los problemas del subdesarrollo, del estancamiento económico y de la dependencia externa.⁸

Acaso haya sido entre los propios estudiantes de sociología donde se manifestaron con más claridad y anticipación las resistencias a una sociología académica que veían mal adaptada a las nuevas condiciones que, principalmente a ellos, se les estaban planteando. Los términos “cientificismo” y “academicismo” fueron usados de una manera peyorativa para referirse a un conocimiento sin vigencia que consideraban debía ser profundamente modificado para adaptarlo a la actual coyuntura crítica latinoamericana. Aunque las metas ideológicas pudieran oscilar entre extremos tales como la revolución o el planeamiento económico-social, las exigencias planteadas a la sociología no podían ser ya encuadradas dentro de los estrechos marcos de una sociología concebida como una ciencia formal.

Aunque las alternativas que se oponen a esta imagen de la sociología están lejos de estar bien configuradas, aunque no está todavía suficientemente claro qué cosa diferente tendrá que ser la investigación sociológica, lo cierto es que, aun sin alcanzar un satisfactorio grado de maduración, las necesidades e insuficiencias se perciben de un modo mucho más claro, tanto que permite que los reparos puedan ser mejor definidos y articulados que los proyectos de reorientación. Las nuevas generaciones de estudiantes no quieren refugiarse en aisladas torres de marfil; al contrario, sienten un vivo compromiso con la realidad social y quieren alcanzar un conocimiento más concreto que sea, al mismo tiempo, un instrumento eficaz para el cambio social. Éste es un estado de espíritu predominante no sólo entre los sociólogos y estudiantes de sociología sino que también ha invadido a las capas intelectuales de América Latina.

VII

Una forma típica de penetración de la crisis latinoamericana en la comunidad de los sociólogos se manifiesta en los conflictos endémicos que afectan a los centros de investigación y enseñanza de la sociología. La frecuencia y continuidad de estos conflictos, y la intensidad de sus enfrentamientos, son características que deben ser mejor conocidas a la luz de la crisis general para tratar de entender qué es lo que pasa con los sociólogos y la sociología en América Latina.

En muchos casos los focos mayores de conflicto son las universidades —las públicas principalmente— aunque otras instituciones tampoco han sido ajenas a esta atmósfera en estado de ebullición que rodea a la sociología. Sin embargo, cualquiera sea su origen inicial, conflicto universitario general o conflicto personal entre los sociólogos, discrepancia por la distribución de los recursos presupuestarios o controversia ideológica, si el conflicto perdura sin resolverse tiende fácilmente a adquirir características de conflicto sustantivo en el que se oponen imágenes y funciones diversas de la sociología en relación a los problemas derivados de la crisis latinoamericana. Casi no ha habido conflicto institucional —conocido por nosotros— que, al convertirse también en conflicto de la sociología, no haya derivado en la confrontación de opuestos puntos de vista sobre el *rol* de la sociología.

Una fuente, cuya frecuencia es dominante en la generación de

conflictos institucionales, es el enfrentamiento de las universidades públicas autónomas y los poderes políticos. En América Latina, la situación de las universidades públicas es potencialmente conflictual en tanto mantengan su autonomía. Esta conflictualidad se actualiza cuando los poderes políticos emprenden acciones restrictivas de la libertad de expresión pública y de la participación política general. En estas condiciones, las universidades autónomas se convierten durante algún tiempo en el único foro político; no sólo la libertad académica sino también la libertad ideológica se mantiene alta dentro de la universidad cuando la represión se extiende y generaliza afuera. Esta situación conflictiva puede persistir indefinidamente pero lo más frecuente es que —cuando se alcanzan ciertos umbrales— tienda a ser resuelta mediante un acto de fuerza, como la intervención en la universidad o la persecución docente y estudiantil. La persecución política se suele extender entonces a la libertad académica.⁹

En estos conflictos institucionales más amplios es corriente que muchos docentes, investigadores y estudiantes de sociología sean protagonistas de los enfrentamientos que se producen. Estas participaciones suelen aumentar notablemente la ya alta visibilidad política de la sociología y su vulnerabilidad frente a la represión. Si se produce la intervención de la universidad, la persecución que se desata contra los sociólogos suele ser proporcional a esa visibilidad. Por regla general, esta persecución suele ser bastante mayor que la que afecta al personal de otras especialidades universitarias.

Si bien se ha señalado reiteradamente que una nota distintiva de las élites intelectuales latinoamericanas es su alto grado de politización, la de los sociólogos está indudablemente situada muy por encima del promedio. Esta aguda sensibilización política tiende a convertir todos los conflictos —aun los meramente personales— en conflictos políticos que se particularizan por el cuestionamiento de las imágenes y valores vigentes, y por la tentativa de definir nuevas funciones de la sociología más adecuadas al contexto actual de América Latina. Muchas veces estos conflictos son deliberadamente politizados para movilizar apoyo en favor de algunas de las posiciones en pugna. Cuando alguien encuentra que otro es un obstáculo serio que bloquea su carrera universitaria, si quiere movilizar a los estudiantes a su favor para suprimir el obstáculo, lo más viable es que esconda sus aspiraciones personales y las presente como una necesidad política. No puede haber duda de que estos antagonismos políticos son muchas veces reales ya que

reflejan las más importantes confrontaciones existentes en la sociedad, pero también, con no menor frecuencia, meros conflictos personales han sido convertidos en conflictos ideológicos.

El que estos conflictos personales puedan desarrollarse fácilmente y, como a menudo ocurre, convertirse en profundos conflictos institucionales sólo se explica cabalmente si se atiende a las características generales de la crisis latinoamericana. En un medio institucional bien establecido, que tiene asegurada su continuidad, los conflictos personales, aunque puedan ser tan frecuentes, no tienen posibilidades serias de extenderse. Lo más probable es que permanezcan siendo nada más que conflictos personales fácilmente amortiguados y absorbidos por la estructura institucional. El personal puede cambiar pero no así la institución cuya continuidad —y acaso también su orientación— no es mayormente afectada por el conflicto entre algunos de sus miembros.

En América Latina, en cambio, estos conflictos entre sociólogos muchas veces adquieren formas extremas de cierre de departamentos e institutos, remplazamiento total del personal, cambios de orientación, exclusiones, persecución política, éxodo masivo, etcétera. Si las universidades latinoamericanas fueran respetadas en su autonomía y no estuvieran bajo continua presión política, la neutralización de los conflictos personales sería indudablemente más fácil y también menos frecuentes los conflictos generales que afectan a la entera comunidad universitaria. En instituciones inestables y en sociedades que experimentan profundas crisis estructurales la trasmutación de los conflictos personales en conflictos institucionales es casi inevitable.

También las universidades privadas se han estado volviendo más conflictivas aunque están lejos todavía del nivel y de las características de los conflictos habituales en las universidades públicas. En algunos casos los conflictos en las universidades privadas se presentan como reflejo de lo que ocurre en aquellas cuyos conflictos actuarían como agentes catalizadores.¹⁰

VIII

Sin embargo, no habría que caer en la sobresimplificación de tratar de explicar todos los conflictos mediante la hipótesis de la incidencia de la crisis general sobre la práctica sociológica. En unos casos suele ser una fuente, aunque lejana, de los conflictos de la sociología y de los sociólogos; en otros no es más que un acelerador

que les imprime velocidad y profundidad que además les da una dirección. Sin embargo, una buena parte de los detonantes en los conflictos procede de las muy diferentes características de orientación, formación y posibilidades profesionales de los sociólogos. Aunque se trate de los conflictos intelectuales de la sociología, siempre asumen una forma personalizada y humana que se encarna en los sociólogos.

Un rasgo general de estos conflictos, bastante deplorable por cierto, es la difícil y escasa cooperación existente entre los sociólogos latinoamericanos. Más que las relaciones de transferencia e intercambio lo que parece predominar entre ellos son relaciones de antagonismo abierto o latente. Los investigadores de la sociología tienden a trabajar aislados y los grupos que se forman tienden a volverse “capillas”, interesadas principalmente en la busca de ventajas personales o de una homogeneidad ideológica que en este contexto conflictivo se justifica como un medio de protección. Tengo muchas dudas sobre la eficacia a largo plazo de este medio de protección, pero bajo ciertas condiciones puede llegar a serlo. De todas maneras es un problema que no interesa especialmente discutir aquí; lo que sí cabe destacar es el efecto negativo de estas actitudes sobre la cooperación sociológica.

La ciencia —cualquier ciencia— es el resultado de un proceso cooperativo cada vez más amplio. Este proceso que incluye transferencias de información, resolución en común de problemas, participación en equipos, etcétera, se apoya en unas bases que no están todavía bien desarrolladas en América Latina. Más aún, las bases de esta cooperación (que escuetamente enumeradas pueden ser las siguientes: confianza recíproca, ética científica, flexibilidad ideológica, estabilidad profesional) están profundamente afectadas por los conflictos generales de las sociedades latinoamericanas.

Acaso sea en el terreno de la crítica científica donde se advierte más claramente la presencia de este trasfondo conflictual. Es un hecho generalmente aceptado el que todavía no ha sido posible una crítica sociológica positiva que sea un instrumento constructivo de mejora científica. La crítica que se hace es muy desigual. Una parte de ella es efectivamente buena crítica científica; sin embargo, tengo la impresión de que todavía predominan, en las publicaciones especializadas y fuera de ellas, otras formas de crítica que no son constructivas. Este tipo de crítica tiende a oscilar entre dos extremos: la alabanza injustificada —que forma parte de un complejo sistema de intercambio de favores— y la crítica agresiva y destructiva. Ambos

tipos de crítica, en sus versiones más extremas, suele derivar en críticas personales o en cuestionamientos ideológicos.

Es cierto que en los últimos años se han hecho progresos hacia una crítica más objetiva pero todavía persisten componentes conflictuales que están lejos de haber desaparecido. Y no sólo en la crítica persisten estos componentes conflictuales sino que también se encuentran en las reacciones que produce en los criticados. Algunos se someten con dificultad a la crítica y cuando ésta les es desfavorable reaccionan con exasperación o abatimiento. No ha sido raro el caso de que una crítica mal asimilada —o el temor a la crítica— haya desviado o bloqueado una carrera personal.

En este momento es difícil ser optimista sobre las posibilidades de una superación de los niveles y estilos de la crítica sociológica actual mientras persistan las condiciones de base ya señaladas, que son una fuente continua de tensiones personales. En este ambiente la crítica tiende a convertirse en un instrumento de la lucha cotidiana por las posiciones. Tampoco es posible que se produzca a corto plazo una mejora sustancial en los niveles de cooperación personal, sobre todo en los sectores donde la situación y el futuro profesional de los investigadores es más incierto. Lo que es, en cambio, bastante halagüeño es que la cooperación institucional ha estado desarrollándose satisfactoriamente y es posible que continúe. De ser así puede llegar a tener una influencia no desdeñable en la mejora de la cooperación personal entre los sociólogos vinculados a las instituciones que más han desarrollado esta cooperación.

IX

En un contexto más general, relativo mas bien a la sociología, un aspecto sobre el cual está ahora bastante centrado el conflicto es el de las funciones que debe cumplir la sociología teniendo en cuenta las condiciones actuales de América Latina. En los últimos años se han estado confrontando, de una manera antagónica, diversas imágenes de lo que es y debe ser la sociología, que frecuentemente toman la forma de oposiciones polares. Cuando esto ocurre, las oposiciones se hacen irreconciliables y el conflicto emerge casi necesariamente. Esta polarización tiende a producirse principalmente en relación con el *rol* de la sociología como productora de conocimiento, por un lado, y como fuente de ideologías y técnicas sociales, por el otro. Aunque se piense que estas funciones se pueden conciliar en grados diversos y con distintos énfasis, lo que de

hecho está ocurriendo es que la separación ha vuelto difícil la concordia.

Los problemas que derivan de estas oposiciones son indudablemente de fondo y en gran parte se proyectan más allá de la coyuntura crítica actual de la sociedad latinoamericana. Pero la particular fisonomía que presentan ahora y la intensidad de las tensiones que las recorren derivan más directamente de la crisis general. Acaso en ninguna parte sea tan evidente esta confrontación —que no es meramente intelectual— como en los tipos de sociólogos que se están formando (y aquí volvemos nuevamente a un problema anterior). La gran mayoría de las escuelas de sociología, en América Latina y en los Estados Unidos, de cualquier nivel, se orientan por la imagen del sociólogo científico, apto sólo para la investigación científica, en momentos en los que se amplía notablemente la demanda de sociólogos para tareas aplicadas. Es obvio que la conversión de la metodología científica en tecnología social es siempre difícil y a menudo imposible. Los sociólogos que han sido formados como científicos se adaptan con dificultad a otras tareas y, cuando lo logran, el costo es demasiado alto.

El problema en cuestión no es resolver cuál de las dos opciones debe ser escogida, porque parece bastante evidente que la oposición excluyente es en gran parte falsa y también estéril. Una adecuada orientación científica puede ser muy útil —aunque no siempre— para las tareas de aplicación y, a la inversa, las técnicas sociales son con frecuencia enriquecedoras para la teoría y la metodología científica. El problema consiste más bien en saber cuáles son las orientaciones de la investigación sociológica que pueden servir para fundamentar técnicas sociales más eficientes. Aunque esta solución pueda parecer relativamente banal no lo es cuando hay quienes piensan que la sociología en tanto ciencia debe desentenderse completamente de sus consecuencias prácticas.

Pasando ahora a otro problema muy vinculado, quiero señalar una derivación muy importante de la confrontación de estas dos funciones de la sociología pues ponen en cuestión sus posibilidades de legitimación, esto es, de aceptación social y, más que eso, de institucionalización estable. En mi opinión, hay dos tipos de legitimación para la sociología: la científica y la social. La primera depende del rigor con que se aplique el método científico, de las relaciones de intercambio entre teoría y metodología y, por supuesto, de la calidad de la producción científica juzgada por la comu-

nidad de los científicos. La legitimación social, en cambio, depende de que la sociología pueda dar respuestas satisfactorias a las expectativas de los diversos grupos y organizaciones sociales, incluyendo los centros de decisión política. Las demandas que desde estos sectores se le formulan a la sociología están lejos de ser consistentes y claras. Muchas veces son contradictorias o no guardan relación con las posibilidades actuales de la sociología como conocimiento de la realidad y técnica social. Pero esto no obsta para que tengan una gran importancia —más por su mera existencia que por su contenido— en el estado actual de la sociología.

Aunque diferente, esta imagen pública de la sociología no es menos importante que la imagen científica. Lo que hace especialmente grave esta confrontación que estamos analizando es que hay ocasiones en que cada una de las posiciones tiende a enfatizar más las diferencias que las semejanzas, lo que hace que aumenten sus distancias y que no sean ni compatibles ni conciliables. Estas ocasiones se presentan de preferencia en las crisis generales de los sistemas sociales que, como se sabe, tienen por característica central la antagonía de las posiciones y la continuidad de los conflictos.

Frente a las demandas sociales, los sociólogos más apegados a la tradición científica adoptan una actitud de escapismo aduciendo que la teoría y la metodología sociológica se ocupan de otras cosas, de problemas que no son concretos, buscando de esta manera ampliar la distancia entre la ciencia concebida como un conocimiento formal y la realidad social. Efectivamente, un sucedáneo de la torre de marfil se levanta fácilmente cuando se aduce que los sociólogos no tienen responsabilidades, como tales, en los problemas sociales y que la explicación sociológica no comprende otra cosa que lo que está contenido en las dimensiones de las variables. Esta actitud es negativa y castradora porque en el fondo justifica la afirmación de que la sociología es un conocimiento superfluo que bien puede ser postergado. De esta manera la búsqueda de un perfeccionismo metodológico reduce las posibilidades de legitimación social de la sociología.

La adecuada institucionalización de la sociología dependerá, en última instancia, de la acogida que le dispensen las autoridades públicas, los cuerpos universitarios y otros centros de poder (sindicatos, partidos, etcétera), que actuarán de acuerdo con los intereses de las colectividades que representan. Los tiempos actuales no son nada propicios para que la sociología pueda legitimarse socialmente

llevando a cabo solamente investigaciones encuadradas dentro del concepto de ciencia pura.

x

Esta reflexión anterior lleva a otro problema: el de la manera como la crisis incide sobre los estilos y contenidos de la investigación sociológica. También aquí las áreas de confrontación son muchas pero, como en otros casos, hay una línea principal de clivaje que deriva de la crisis y que se refiere a la manera como se define el objeto y la perspectiva de la sociología. Para unos, la sociología es entendida como el conocimiento de las relaciones entre variables formalizadas mientras que para los otros, la sociología pretende ser un conocimiento de la realidad histórica y concreta tal cual es; claro está esto sin caer en un positivismo rampión.

Es cosa bien sabida que la controversia sobre la sociología como ciencia formal o concreta se remonta a sus orígenes y que se entronca con distintos transfondos filosóficos e ideológicos.

Ambos estilos implican, además, muy diversos grados de compromiso con la realidad. Los que practican la sociología como ciencia formal no asumen confesadamente ningún compromiso respecto de la relación que hay entre lo que explican, la realidad social y su transformación; el conocimiento científico se limita a establecer relaciones entre variables sin atender demasiado al contenido real de sus proposiciones, es decir, sin identificar completamente el proceso o sector de la realidad social a que corresponden y sin preocuparse tampoco por representarlo en sus aspectos más significativos. En el proceso que va de las proposiciones generales a la hipótesis, y de ahí a la dimensionalización y operacionalización de éstas, las ideas que se investigan van descarnándose al punto de que su contenido concreto inicial se diluye hasta volverse casi puro contenido formal. De esta manera lo que se intenta explicar son segmentos de procesos que muchas veces resultan esquematizados de una manera arbitraria. Otras veces, ciertas importantes dimensiones de la realidad social son “reconceptualizadas”, simplificándolas para ajustarlas a los indicadores que se quieren manipular, y tratadas “como si fueran” la realidad misma: es la metodología quien determina aquí lo que será considerado real, no importa qué clase de mutilación haya que introducir.¹¹ Una ilustración conocida se puede hacer recordando la renuncia de muchos investigadores a tratar con las clases sociales como categorías de investigación y su preferencia por los estratos que se acomodan mucho mejor a la naturaleza de sus

indicadores cuantitativos provenientes de encuestas. La diferencia obvia es que las clases sociales —o sus segmentos— son unidades colectivas y reales de acción, mientras los estratos son meros agregados clasificatorios. Es claro que como aquellas son difíciles de aprehender con la metodología predominante, que estudia más a los individuos que a las colectividades, a las actitudes que a la conducta colectiva, lo que se investiga son los estratos, que son simples agregados de individuos. De ahí a la sustitución completa de un concepto por otro hay apenas un paso que, insensiblemente, se recorre con frecuencia.

Por supuesto que nos damos cuenta de la distancia que hay entre cualquier concepto y la realidad. Esto no es realismo ingenuo sino apenas una consideración que señala una cosa no menos obvia: el nivel de realidad de los conceptos varía sensiblemente de una a otra perspectiva. Cuando se habla de clases sociales, aunque los indicadores puedan no ser satisfactorios, su “realidad” es mucho mayor que la de los estratos, no obstante tengan estos referentes empíricos parciales más directos y mejor definidos.

No es éste el momento de intentar una discusión más a fondo de este problema que es, obviamente, mucho más complejo. Lo que se ha señalado parece suficiente para poner en relieve los rasgos de las dos posiciones extremas, esquematizadas de una manera que acaso sea excesiva. El problema del grado de realidad social que tienen los temas investigados es más que un problema de purismo metodológico uno de actitudes y orientaciones generales de los investigadores. La aproximación o el alejamiento de la realidad, el grado en que se trata con “relaciones entre variables” o con procesos sociales concretos dependerá de muchas cosas, muy distintas por cierto. Algunas de ellas serán indicadas más adelante.

Aquí cabe agregar que ésta no es, ni mucho menos, una controversia interna entre los sociólogos; lo que acaso sea más importante para la sociología es que los grupos y organizaciones sociales más amplios, así como los centros institucionales con los que ella se encuentra vinculada, poseen expectativas que se encuentran colocadas más del lado de la acción que del conocimiento. Si se les dice que ciertas investigaciones de tipo formal van a contribuir a enriquecer el conocimiento sociológico es posible que estén menos positivamente motivados hacia los sociólogos y la sociología que si ésta encuentra alguna manera de facilitar el planteo y la implementación de planes de acción social. La gente tiene cosas muy

concretas que reclamar a los sociólogos; quiere que la sociología facilite el control de los procesos sociales más importantes o que proporcione medios para su transformación. Éste es uno de los pocos puntos en que están de acuerdo los políticos y los administradores conservadores y radicales: el criterio de eficacia para juzgar las ciencias sociales es su capacidad de acción dentro, por supuesto, de su respectivo contexto ideológico. De la respuesta que los sociólogos den a estos requerimientos dependerá la imagen externa existente respecto del *rol* de la sociología.

La crisis latinoamericana activa a estas tendencias y tiende a volver más imperativas las exigencias de un conocimiento orientado hacia la acción que sirva de soporte a diversos tipos de programas políticos y sociales. Estas reclamas las hacen tanto los conservadores ansiosos por el mantenimiento del *statu quo*, como los revolucionarios animados por la voluntad de cambiarlo de manera violenta y a corto plazo. Ambos desean que la sociología desarrolle sus posibilidades ideológicas y de técnica social al mismo tiempo que sus niveles de conocimiento. Alguien podrá decir que éstas son cosas distintas y que a la sociología no corresponde sino el conocimiento. Esto es lo que efectivamente está bajo cuestionamiento. Contra esa posición son muchos los que piensan, entre los sociólogos y los no sociólogos, que la sociología no puede desentenderse ni descuidar las consecuencias de acción del conocimiento sociológico; como no lo hace la economía, por ejemplo.

XI

El aspecto donde la eclosión de la crisis sociológica ha sido más fuerte es el de la cooperación externa. Acaso sea en este problema donde se observa más claramente la incidencia de la crisis latinoamericana. Mientras se desarrolló la etapa de afirmación de la sociología científica, de manera paralela, y a veces motivándola, creció continuamente la vinculación de los centros de investigación sociológica con organismos internacionales, con universidades y centros extranjeros de investigación y con fundaciones privadas. Fuera del ámbito de los organismos internacionales, la gran mayoría de las relaciones que se establecieron con universidades y fundaciones lo fueron con instituciones norteamericanas. Estas vinculaciones sirvieron para mejorar el nivel de la investigación sociológica, principalmente a través de la formación de personal altamente calificado mediante programas de becas e intercambio que facilitaron

la circulación de muchos latinoamericanos hacia los claustros norteamericanos; su influencia se manifestó —y se manifiesta fuertemente todavía— en la configuración de la imagen y estilo de la sociología que en los últimos años ha predominado en los ambientes académicos. Los criterios vigentes en las universidades norteamericanas sobre la formación de sociólogos y sus preferencias de estilo y contenido en la investigación sociológica fueron transferidos de manera acrítica al contexto de las universidades y centros de investigación en América Latina, ignorándose así su condición de productos culturales bien adaptados a un contexto determinado que difería en muchas cosas importantes de aquél en que se encontraba inmersa la sociología latinoamericana.

En estas condiciones, no obstante la pretendida universalidad de la ciencia, el estallido de la crisis era sólo cuestión de tiempo. Apenas si fueron necesarias algunas nuevas condiciones que actuaron como detonantes para que comenzara un cuestionamiento bastante generalizado de las orientaciones hasta ese momento predominantes en la sociología latinoamericana. Por otra parte, el origen de este cuestionamiento proviene de lo que se puede llamar su flanco político. La revolución cubana y sus consecuencias sobre la política hemisférica hicieron intelectualmente más visible la dependencia cultural, política, económica y militar respecto de los Estados Unidos, que también gravitaba en la sociología. Nunca antes estuvo tan difundida la conciencia de la subordinación hacia el dominio imperialista norteamericano y nunca tampoco fue tan intenso el sentimiento de rechazo que produjo en las nuevas generaciones y en los círculos intelectuales latinoamericanos. Si se tiene en cuenta que para muchos, por las influencias ya señaladas, la sociología académica era sinónimo de “sociología norteamericana” para que el rechazo del imperialismo se convirtiera en cuestionamiento de la sociología académica apenas si fue necesario un pequeño desvío de la atención concentrada hasta ese momento en el problema político global.

Además, la revolución cubana aceleró cierta toma de conciencia sobre las condiciones en que se procesaba el desarrollo latinoamericano. Efectivamente, ayudó a formar una conciencia crítica bastante desarrollada sobre las raíces del estancamiento económico, de las extremas desigualdades existentes en la distribución del ingreso, en los bajos niveles de vida, en la distribución de la tierra, en el *gap* tecnológico y en el éxodo creciente de científicos y tan necesarios para el logro del desarrollo racional de las sociedades

y economías latinoamericanas. En líneas generales, el diagnóstico de las causas de esta situación generalizada se hizo cada vez más evidente y al mismo tiempo se pensó en la necesidad de utilizar todos los recursos disponibles para esclarecer y desarrollar la conciencia crítica, y para promover los cambios que se consideraron necesarios para superar el estancamiento, la dependencia y la desigualdad. La sociología no podía quedarse de lado en esta coyuntura debido a su contenido altamente ideológico (o ideologizable) que la relacionaba directa e inmediatamente con los factores de la crisis. Fue así como se vio que la sociología debía sumarse necesariamente a la faena de elaborar diagnósticos más precisos de la crisis, y de delinear e instrumentar diversos tipos de acción social para su superación. Más que su posible neutralidad como ciencia se cuestionó a la sociología —y más aún a los sociólogos— el no ser agentes en las luchas cotidianas, cualquiera fuera su signo ideológico, tendientes a la superación del atraso. Si la sociología académica fue, además, vista como el equivalente regional de la sociología norteamericana, y si una de las principales causas de la crisis latinoamericana era atribuida al peso negativo de la dependencia económica y cultural respecto de los Estados Unidos,¹² había que dar un pequeño paso para cuestionar también las relaciones de intercambio con los centros de investigación sociológica y con las fundaciones norteamericanas.

Esta crisis estalló de un modo abrupto debido al *affair Camelot* que, aunque fue el escándalo de mayor envergadura en su género, no fue indudablemente el único, ni tampoco el último.¹³ Sin embargo las condiciones ya existían desde tiempo atrás; a partir de ese momento, diversas otras crisis estallaron en varios países poniendo en evidencia el cuestionamiento cada vez más generalizado de las hasta ese momento asimétricas relaciones de intercambio con instituciones de la sociología norteamericana; llegó a ser frecuente, entre los estudiantes de algunas universidades, el rechazo de la literatura sociológica norteamericana y, con ella, de un estilo que se asoció muy de cerca con los desarrollos recientes de la sociología en América Latina. Al mismo tiempo que se manifestaban estas resistencias se produjo un desarrollo notable del interés por los autores latinoamericanos, que pasaron a gozar de una fama que nunca conocieron en el pasado.

Finalmente, alguna influencia puede haber tenido, aunque menor, el cuestionamiento creciente que en los propios Estados Unidos han tenido las corrientes principales de la sociología académica, a

saber, el “funcionalismo” y el “empirismo abstracto” a partir de la obra pionera de C. Wright Mills *La imaginación sociológica*, cuya traducción española produjo un verdadero impacto entre los sociólogos y estudiantes latinoamericanos.

XII

Éste es un trabajo que no tiene —ni puede tener— conclusiones, y menos aún recomendaciones. Intentarlo sería cometer un pecado de omnipotencia. Los problemas inventariados, más otros que no han sido comentados, son tan vastos que no es posible imaginarse una solución unitaria para todos ellos. Muchos son problemas de crecimiento de la sociología y de la sociedad latinoamericana que serán superados con el transcurso del tiempo; otros, en cambio, son mucho más permanentes ya que corresponden al nivel de la filosofía social. No todos son problemas estériles, al contrario, pienso que muchos de ellos adecuadamente desarrollados ejercerán una estimulante y provocativa influencia sobre los sociólogos. América Latina es para ellos un laboratorio vivo que presenta una fascinante multiplicidad de aspectos y contrastes que desafían al conocimiento y a la acción y que requieren soluciones nuevas.

Varios de los problemas de la sociología mencionados páginas atrás, que se refieren principalmente a su constitución como ciencia concreta, derivan de su condición de ciencia social aislada, es decir, carente de vinculaciones orgánicas con otras ciencias sociales. Recientemente algunos autores, reconociendo la importancia negativa de este aislamiento, y con preocupación, han recomendado la intensificación de la cooperación interdisciplinaria como una forma de lograr un conocimiento social más concretamente fundado que ofrezca mayores posibilidades para orientar la acción. Aunque parezca paradójico, por su mayor autonomía y desarrollo como ciencia social, es del lado de la economía de donde se reclama con mayor insistencia la necesidad de una mayor integración.¹⁴

La sociología se enfrenta con una opción previa que deberá resolver antes de cualquier tentativa interdisciplinaria. Si se insiste, como algunos sociólogos, en que la sociología debe acotar un campo propio, privativo para ella sola, la tarea interdisciplinaria, cuando se realice, será epidérmica y de pocas consecuencias sobre el conocimiento. También persistirán los malentendidos con otros científicos sociales. Otra cosa sería si la sociología se viera a sí misma como el enfoque diversificado de un campo unificado de conoci-

miento, en el que los problemas y pretensiones de hegemonía son dejados de lado. Todo esto entraña una serie de problemas epistemológicos y de orientación que no voy a discutir ahora. Lo que he querido simplemente señalar es que la posibilidad de una vinculación interdisciplinaria más profunda depende de una adecuada perspectiva inicial que no tiene por qué ser la de toda la sociología pero sí la de los que aspiren a participar en estas tareas.

Con un poco de optimismo se puede suponer que las condiciones han madurado ya bastante para una aproximación mayor —que en parte ya está ocurriendo— entre economía y sociología. Sin embargo, quedan aún por esclarecer las condiciones necesarias para que esta relación interdisciplinaria fructifique. Se han estado sugiriendo varias maneras para mejorar esta cooperación pero, en mi opinión, todavía no se ha avanzado mucho más allá del nivel del “ensayo y error”. Esto ha llevado a algunas experiencias poco orgánicas y a veces frustrantes. Sin embargo se ha estado avanzando bastante en el terreno de la programación económica y social que impone una perspectiva convergente e integradora. También la metodología de los modelos de simulación está requiriendo un tipo de cooperación interdisciplinaria que tiene efectos convergentes y que puede contribuir al desarrollo de ópticas integradoras en varias ciencias sociales.

Para que se puedan dar pasos más orgánicos en este sentido sería necesario atacar el problema desde tres frentes. El primero es el de la formación de una perspectiva integradora en las ciencias sociales participantes que ya se ha mencionado. Luego viene el problema de la formación de personal, que es muy delicado. Sin un personal adecuadamente formado en su disciplina, pero también dentro de una perspectiva interdisciplinaria, será difícil realizar progresos importantes. Debe entenderse que la formación a que se hace alusión no es la formación en “ciencias sociales” es decir, sin especialización alguna. La cooperación interdisciplinaria es una tarea de especialistas que, en cuanto tales, poseen una perspectiva integradora. Finalmente, queda el problema de las tareas interdisciplinarias. No todas las tareas sociológicas tienen que ser interdisciplinarias pero aquellas que lo sean, las cuales tienen que ser definidas, deben ajustarse a algunos requisitos. Por ejemplo, parece aconsejable que las experiencias interdisciplinarias logradas en el terreno del planeamiento sean extendidas al de la investigación. ¿Quién puede dudar de que un problema importante pueda ser mejor conocido si es atacado desde diversos flancos?

El futuro de una sociología concreta depende en gran parte del progreso de estas vinculaciones que, bien orientadas, harán posible la existencia de una perspectiva para el estudio de los procesos sociales relevantes. Si la sociología persiste en ser un sector aislado de conocimiento y, por consiguiente, en desarrollar una práctica social autónoma desvinculada de las otras ciencias sociales, su destino será, inevitablemente, el de ser una ciencia formal que hace hipótesis sobre problemas imaginarios. Así la metáfora de la caverna platónica se habrá convertido en realidad.¹⁵

¹ Para que se vea con más claridad la idea de lo que nos parece ser la actual crisis latinoamericana que colocamos como punto de partida de este ensayo, reproduciremos una página que se encuentra entre las mejores aportaciones existentes al respecto: "El análisis de los problemas estructurales de América Latina, tal como se vienen configurando a partir de fines de la década de 1950, ha llevado a los estudiosos de la materia a un cuadro descriptivo e interpretativo en que se ponen de relieve, nítidamente, tres principales aspectos: 1) El estancamiento económico, político, social y cultural de la región 2) La marginalidad entendida en un triple aspecto de: 2.1) Marginalidad creciente de la región relativa a las regiones o países de mayor desarrollo del mundo 2.2) Marginalidad creciente, en la región, de los países menos adelantados en relación a los más adelantados y, en cada uno de ellos, del conjunto de sus subregiones a una restringida subregión más dinámica 2.3) Marginalidad, en todos los países de la región, de los sectores primarios y de la gran mayoría del terciario, comprendiendo, para el conjunto de América Latina, cerca de dos tercios de la población total, en confrontación con un relativamente decreciente sector secundario y una poca expansiva élite terciaria 3) La desnacionalización entendida en sus tres principales aspectos: 3.1) Desnacionalización de los sectores estratégicos de la economía, mediante varias formas, directas e indirectas, de transferencia del control de esos sectores a grandes empresas multinacionales, notablemente norteamericanas 3.2) Desnacionalización cultural, mediante el establecimiento de una dependencia científica y tecnológica que manifiesta carácter creciente y acumulativo respecto de los países más avanzados, notablemente de los Estados Unidos. 3.3) Desnacionalización político-militar, mediante el creciente control de los países de la región por dispositivos político-militares cuya visión del mundo y cuyos intereses corporativos, incipiente pero crecientemente, se basan en el liderazgo hegemónico de los Estados Unidos, en una dicotomía entre un supuesto mundo libre del que, alegadamente, harían parte los países latinoamericanos, y un supuesto 'bloque comunista' que, alegadamente, procuraría destruir aquél, combinando el empleo, o la amenaza de empleo, de la agresión externa con el empleo de la subversión interna." H. Jaguaribe. *Dependencia y autonomía en América Latina*. Trabajo mimeografiado presentado a la reunión del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, realizada en Lima en octubre de 1968, p. 1.

² J. Galtung. "Los factores socioculturales y el desarrollo de la Sociología en América Latina." *Revista Latinoamericana de Sociología*. Vol. 1, núm. 1, marzo de 1965, pp. 72/102.

³ En cuanto al sentido del "compromiso" del sociólogo, véase la mesa redonda celebrada en Buenos Aires en noviembre de 1965; Cf. J. L. de Imaz y otros, *Del sociólogo y su compromiso*. Buenos Aires, Ediciones Líbera, 1966.

⁴ M. S. Vionczek. "Una evaluación de las condiciones de la investigación sobre el desarrollo de América Latina." *El Trimestre Económico*. Núm. 130, abril-junio de 1966. Este autor ha hecho una distinción parecida entre los economistas refiriéndose a la discontinuidad entre la "élite educada en el exterior, sumamente sofisticada pero escasa", sobre especializada y teórica, "pontífices de una ciencia hermética" y los "egre-

sados ordinarios de las facultades de economía latinoamericana". También puede verse el excelente trabajo de A. Pinto y O. Sunkel, "Latin American Economists in the United States". *Economic Development and Cultural Change*. Vol. xv, núm. 1, octubre de 1966.

⁸ Una investigación de mucho interés, que habría que hacer, sería estudiar el contenido temático, la teoría y metodología de las tesis de latinoamericanos graduados en sociología en los Estados Unidos para establecer dos cosas: cuáles han sido los estilos predominantes y, luego, qué influencia han tenido en el desarrollo de la sociología latinoamericana. Este grupo controla una esfera bastante estratégica desde la cual ejerce una gran influencia sobre la formación de las nuevas camadas de sociólogos latinoamericanos. Me refiero al hecho de que muchos de ellos dictan cursos de metodología desde los cuales influyen sobre las orientaciones de la investigación.

⁶ Cf. Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales. *El desarrollo de las ciencias sociales en América Latina*. París, 1968, p. 10.

⁷ Hay muchos trabajos en los que se sostienen las posiciones aquí confrontadas. Acaso las mejores defensas latinoamericanas de la "neutralidad valorativa" se encuentren en: G. Germani. *Sociología en la América Latina; problemas y perspectivas*. Buenos Aires, Eudeba, 1964, caps. VII y, especialmente, VIII. A. E. So'ari. "Algunas reflexiones sobre el problema de los valores, la objetividad y el compromiso en las ciencias sociales." *Aportes*, núm. 13, julio de 1969. Una exposición crítica a este punto de vista puede encontrarse entre otros en: O. Fals Borda, "Ciencia y compromiso: problemas metodológicos del libro, La subversión en Colombia". *Aportes*, núm. 8, abril de 1968. Del mismo autor: "La crisis social y la orientación sociológica: una réplica." *Aportes*, núm. 15, enero de 1970. E. Veron, "Ideología y producción de conocimientos sociológicos en América Latina." *América Latina*. Año II, núm. 4, octubre-diciembre de 1968.

⁸ J. Graciarena. "Sociología e ideología: algunos problemas en la orientación de la formación de sociólogos en América Latina." *Revista Mexicana de Sociología*. Vol. xxx, núm. 4, 1968.

⁹ J. Graciarena. *La universidad y el cambio político en América Latina*. San Juan, Colegio de Pedagogía, Universidad de Puerto Rico, 1966.

¹⁰ Cf. G. Germani. "A Sociología na Argentina." *América Latina*. Año XI, núm. 3, julio/septiembre de 1968, pp. 32/3 y nota 77.

¹¹ Cf. O. Ianni. "A Crise do Pensamento Sociológico." *Revista Brasileira de ciências sociais*. Año 1, núm. 1, noviembre de 1961: "Con relación a los métodos, nótese la preocupación acentuada por el refinamiento continuo de los procedimientos de investigación, publicándose innumerables artículos y extensas monografías sobre técnicas de investigación, medios de cuantificación y la necesidad de hacer rigurosas (cuantificadoras) las técnicas de investigación. En consecuencia, la teoría sociológica se reduce cada vez más a un conjunto de conceptos relativos al 'lenguaje de las variables'. Como escribe Paul F. Lazarsfeld: 'desde nuestro punto de vista, la esencia de la investigación es que ella se confina y puede expresar completamente todas las posibilidades del lenguaje de las variables'. Además, agrega: 'muchas discusiones en las ciencias sociales pueden ser esclarecidas cuando se responden las tres cuestiones siguientes: ¿Cuántas son las variables envueltas en un determinado raciocinio? ¿Cuál es la naturaleza específica de esas variables? ¿En qué dirección están relacionadas?' Este es uno de los resultados de lo que Mannheim llamó 'complejo de exactitud'. Pero que no se explica sólo por la pretendida búsqueda de rigor." P. 190.

¹² Sobre la gravitación negativa de la penetración cultural de los Estados Unidos sobre el desarrollo de una tecnología y una cultura autónoma en América Latina, pueden verse los trabajos presentados al seminario sobre política cultural autónoma para América Latina que fue organizado por la Universidad de la República del Uruguay y que tuvo lugar en Montevideo en marzo de 1968. Los trabajos fueron publicados en la *Gaceta de la Universidad*. Año IX, núm. 43, marzo/abril de 1968.

¹³ Sobre el proyecto *Camelot* puede verse: G. Selser. *Espionaje en América Latina: el Pentágono y las técnicas sociológicas*. Buenos Aires. Iguazú, 1966. También I. L.

Horowitz. *The Rise and Fall of Project Camelot*. Cambridge. MASS. The M. I. T. Press, 1967.

¹⁴ Cf. L. Escobar Cerda. "Reflexiones de un economista sobre el rol de las ciencias sociales en América Latina." En CLAPCS (ed) *As Ciências Sociais no América Latina*. São Paulo, Difusão Européia do Livro, s/d. C. Massad, "Algunas oportunidades de investigación económica en América Latina". *El Trimestre Económico*, núm. 128. octubre-diciembre de 1965. Se recomienda la lectura del "sumario de la discusión sobre economía" (p. 56) puesto que parece haber habido acuerdo en que esta disciplina sienta "la necesidad de la colaboración interdisciplinaria (principalmente por el énfasis en el estudio del desarrollo económico donde es considerable la importancia de los factores no económicos)". No sólo los economistas han estado recomendando la necesidad de la vinculación interdisciplinaria sino que también lo han hecho algunos sociólogos: Cf. Florestan Fernandes, "As Ciências Sociais na América Latina". En CLAPCS, *ed. cit.*

¹⁵ Luego de concluir este trabajo, y cuando me encontraba corrigiendo sus pruebas, tuve oportunidad de leer dos excelentes contribuciones al tema aquí tratado que acaban de ser publicadas y que, lamentablemente, por razones de tiempo, no puedo discutir en el texto principal. Me refiero a los artículos de J. Labbens. "The role of the sociologist and the growth of sociology in Latin America"; y A. E. Solari, "Social crisis as an obstacle to the institutionalization of sociology in Latin America". *International Social Science Journal*. Vol. XXI, núm. 3, 1969. En ambos se discuten problemas análogos a los considerados en este trabajo aunque no siempre coinciden con nuestras conclusiones. Ambos autores señalan a la crisis latinoamericana como un obstáculo que distorsiona el desarrollo de una sociología científica. Solari afirma que "una disciplina no puede ser completamente institucionalizada cuando hay un gran número de factores que tienden a dividir a sus practicantes con respecto a un significado y a la línea que debe seguirse". Labbens, que quizá suscriba esta afirmación —como yo lo hago—, señala algo más positivo: "Cualquiera sea el futuro, el logro más importante de América Latina ha sido, de lejos, el desarrollo de una nueva concepción del rol de sociólogo. Si se desea seguir viendo al sociólogo en esta perspectiva, ello puede traer nueva vida a la sociología o, también, la renuncia completa a ella." Creo que la primera parte es cierta pero la posibilidad de la segunda me parece remota. No me parece que la suerte de la sociología esté comprometida, lo que sí está en cuestión es el estilo de la sociología académica que ha predominado hasta una fecha muy cercana y que no se ajusta ni a las condiciones que impone la crisis ni menos aún a la "nueva concepción del rol del sociólogo".